

serie

PABLO DIABLO

EL BARCO



DE VAPOR

Francesca Simon

Los calzoncillos de Pablo Diablo

Ilustraciones de Tony Ross



12.ª EDICIÓN

sm

Primera edición: noviembre de 2004
Decimosegunda edición: abril de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Traducción del inglés: Miguel Azaola
Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2003

Título original: *Horrid Henry's Underpants*

- © del texto: Francesca Simon, 2003
- © de las ilustraciones: Tony Ross, 2003
- © Ediciones SM, 2004

Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Gina Kovarsky

ÍNDICE



1

Pablo Diablo come verdura, 9

2

Los calzoncillos de Pablo Diablo, 31

3

Pablo Diablo se pone enfermo, 55

4

Pablo Diablo y la carta de agradecimiento, 77



I

.....

PABLO DIABLO COME VERDURA

— ¡Baaahhh! ¡Uuufff! ¡Booofff!
¡Puaaaajjj!

Pablo Diablo miró con odio la comida que se desmoronaba lentamente sobre su plato. Bultos bulbosos y viscosos. Grumos grasientos y pegajosos. Fofas y blanduchas masas de pringue.
¡Puaaaajjj!

Era increíble que su padre, su madre y Roberto pudieran comerse aquello sin vomitar. Pablo se fijó en un bulto compacto y blanquecino y le dio una arcada. Parecían sesos. Seguro que eran sesos... Aaaaaaaajjj.

Pablo Diablo apartó el plato.

—No puedo comer esto —gimió—.
¡Voy a vomitar!

—Pablo, la coliflor gratinada es deliciosa —dijo su madre.

—Y nutritiva —dijo su padre.

—A mí me encanta —dijo Roberto, el niño perfecto—. ¿Puedo repetir?

—Es un placer que *alguien* aprecie mi cocina —dijo su padre mirando a Pablo con severidad.

—Es que no me gusta la verdura —dijo Pablo; la verdura era tan asquerosamente... sana; sabía tanto a... verdura—. ¡Quiero una pizza!

—Ya. Pues de pizza, nada —dijo su padre.

—A Renato le dan *todas las noches* pizza y patatas fritas en su casa —dijo Pablo—, y a Hilarión *nunca* le hacen comer verdura.

—Me importa un rábano lo que coman Hilarión y Renato —dijo su madre.

—Tienes que comer más verduras –dijo su padre.

— ¡Pero si como mogollón de verduras...! –dijo Pablo.

—Dime una –dijo su padre.

—Patatas fritas –dijo Pablo.

—Las patatas fritas no son verdura –dijo Roberto, el niño perfecto—. ¿A que no, mamá?

—No –dijo su madre—. Sigue, Pablo.

—Ketchup –dijo Pablo.

—El ketchup no es verdura –dijo su padre.

—No hay quien cocine contigo –dijo su madre.

— ¡Eres un melindroso! –dijo su padre.

—Pues como mogollón de cosas –dijo Pablo.

—¿Por ejemplo? –dijo su padre.

—Patatas fritas de todas clases.

Hamburguesas. Pizzas. Chocolate.

Galletas... Montones de comida –dijo

Pablo Diablo.



—Nada de eso es muy sano, Pablo
—dijo Roberto, el niño perfecto—. No has
dicho ninguna fruta, ni verduras tampoco.

—¿Y qué? —dijo Pablo—. Tú métete en
tus cosas, sapo grasiento.

—Pablo me ha llamado sapo grasiento
—gimoteó Roberto.

—Croac, croac —croó Pablo.

—Pablo, deja de incordiar —le advirtió
su padre.

—No puedes alimentarte continuamente
de comida basura —dijo su madre.

—Estoy de acuerdo —dijo su padre.

“Vaya”, pensó Pablo. “Ya empezamos a fastidiar. Que si esto no, que si aquello tampoco...”. Si dieran premios por incordiar, su madre y su padre se los llevarían todos.

—Voy a hacer un trato contigo, Pablo
—dijo su madre.

—¿Qué trato? —dijo Pablo con desconfianza. Los “tratos” con sus padres solían consistir en que él hiciera algo superdesagradable a cambio de una recompensa ridícula. No pensaba caer otra vez en semejante trampa.

—Si cenas todas tus verduras cinco noches seguidas, te llevaremos al Zampaexprés.

A Pablo se le cortó la respiración.
¡Zampaexprés! ¡Zampaexprés!
¡Su restaurante superfavorito de todo el mundo mundial! Su eslogan “¡Patatas fritas a barullo!” resplandecía en el luminoso violeta de la entrada. La música atronaba desde una veintena de altavoces. Cada mesa tenía un televisor en el que se podía ver

a los cocineros recalentar la comida en un microondas gigantesco... Y lo mejor de todo: los mayores nunca querían quedarse allí charlando durante horas. Se pedía, se zampaba y a la calle. Un paraíso.

¡Y qué comida tan maravillosa! Hamburguesas gigantes. Pizzas enormes. Ríos de ketchup. Todas las patatas fritas que uno quisiera comer. Cincuenta y dos clases distintas de helado. Y ni una sola verdura a la vista.

Por alguna razón, su madre y su padre odiaban el Zampaexpres. Le habían llevado una vez y habían jurado no volver jamás.

Y ahora su madre le estaba invitando... ¡Increíble!

— ¡Vale! —exclamó Pablo apresuradamente, antes de que su madre cambiara de opinión.

— Pues de acuerdo —dijo su madre—. Quedamos en que te comerás tu verdura cinco noches seguidas y luego iremos al Zampaexpres.



—Eso, lo que tú digas –dijo ansioso Pablo Diablo. Estaba dispuesto a cualquier cosa por una comida en el Zampaexpres. Con tal de comer en el Zampaexpres hasta bailotearía desnudo por la calle cantando “Cinco lobitos” si fuera necesario.



Roberto, el niño perfecto, dejó de comer coliflor. No parecía demasiado animado.

—Yo siempre como toda *mi* verdura –dijo-. ¿Cuál es *mi* premio?

—Tu buena salud –dijo su madre.

Día 1. Judías verdes.

—Mamá, Pablo todavía no se ha comido una sola judía –dijo Roberto.

—Sí que me la he comido —mintió Pablo.

—No señor —dijo Roberto—, que te he estado mirando.

—Cállate —dijo Pablo.

—¡Mamá! —gimió Roberto—. ¡Pablo me ha dicho que me calle!

—Pablo, no le digas a tu hermano que se calle —dijo su madre.

—Y cómete esa verdura —dijo su padre.

Pablo Diablo lanzó una mirada feroz a su plato desbordante de largas y delgadas vainas.

Igual que un montón de lombrices verdes, se dijo. Puaj.

Debía de haber enloquecido para aceptar comer verdura cinco

cenar seguidas. Moriría intoxicado antes del tercer día. Y lo sentirían. “¿Cómo hemos podido ser tan crueles?”, gritaría



su madre. “Hemos matado a nuestro propio hijo”, gemiría su padre. “¿Por qué le haríamos comerse toda aquella verdura, cielo santo?”, sollozarían ambos. Lástima estar muerto y no poder gritarles: “¡Ya os lo advertí!”.

—Hicimos un trato, Pablo —dijo su padre.

—Ya lo sé —repuso con rabia Pablo.

Cortó el trocito más pequeño de judía verde que pudo.

—Vamos —dijo su madre.

Pablo Diablo levantó muy despacio el tenedor y depositó el veneno en su boca.

¡Puuuaaaaaaajjj! ¡Qué sabor tan espantoso! Pablo escupió y gorgoteó con el repugnante fragmento de judía verde pegado en la garganta.

—¡A-agua! —dijo con voz entrecortada.

Roberto, el niño perfecto, pinchó varias vainas y se las metió en la boca.

—Magníficas judías verdes, papá —dijo—. De lo más frescas y crujientes.

—Cómeme las mías, si te gustan tanto
—rezongó Pablo.

—Quiero verte tragar todas y cada una
de esas judías verdes —dijo su padre— o no
hay Zampaexprés.

Pablo Diablo frunció el ceño.
No pensaba dar un bocado más. El sabor
era demasiado asqueroso. Pero... ¿y el
Zampaexprés? Con sus hamburguesas...
Con sus patatas fritas... Con sus
televisores...

Tenía que haber alguna otra forma.
Un simple plato de verdura no iba a poder
con el Rey Pablo el Terrible...

Pablo Diablo trazó su plan de acción.
Era peligroso. Era arriesgado. Pero no
tenía otra elección...



Lo primero era despistar al enemigo.

—¿Sabes, mamá —dijo Pablo, haciendo como que masticaba— que tenías razón? Estas judías están *muy* buenas.

A su madre se le iluminó la cara.

A su padre también se le iluminó la cara.

—Te dije que te gustarían si las probabas —dijo su madre.

Pablo hizo como que tragaba. Pinchó otra vaina y la paseó por el plato.

Su madre se levantó para llenar la jarra de agua. Su padre la siguió para hablar con ella. ¡Era su oportunidad!



Pablo Diablo alargó un pie por debajo de la mesa y rozó suavemente la pierna de Roberto.

—Eh, Roberto, tienes una araña en la pierna.

—¿Dónde? —chilló Roberto, mirando debajo de la mesa, frenético.

¡Hop! ¡Plop!

Las judías verdes de Pablo saltaron al plato de Roberto.

Roberto levantó la cabeza.

—No veo ninguna araña —dijo.

—Le he dado un papirotazo —masculló Pablo haciendo como que masticaba concienzudamente.

Roberto miró su plato, lleno hasta arriba de judías verdes.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Qué bien! ¡Creí que había terminado!

“Ji ji ji”, rió para sus adentros Pablo Diablo.